

FEMINISMOS INCÓMODOS. LA FIGURA DE LA AGUAFIESTAS DE SARA AHMED

DISRUPTIVE FEMINISMS. SARA AHMED'S FIGURE OF THE KILLJOY

Gemma del Olmo Campillo¹

Del Olmo Campillo, Gemma. (2024). Feminismos incómodos. La figura de la aguafiestas de Sara Ahmed. *Asparkia. Investigació feminista*, 44, 1-18.
<https://doi.org/10.6035/asparkia.7079>

Recepción: 4/01/2023 || Aceptación: 15/12/2023

RESUMEN

A menudo se considera a las feministas como mujeres difíciles e irritables que suelen estropear un ambiente relajado con su excesiva susceptibilidad. El objetivo que aquí se persigue es analizar la interesante forma en que Ahmed se hace eco de este rechazo al feminismo, insistiendo en su alcance político y su capacidad para denunciar y enfrentarse al sexismo, al racismo o la homofobia. Se ofrece una reflexión sobre nuestra capacidad para detectar y cuestionar los discursos de odio. Se subraya, así, la importancia de las posiciones críticas e incómodas, tan características de algunos feminismos, por ser perspectivas que pueden suponer un estímulo para la transformación y mejora de la sociedad. Para ello, se realiza una revisión de las obras de Ahmed en las que aparece la figura de la feminista aguafiestas y se recurre a otros textos relevantes para comprender su propuesta.

Palabras clave: sexismo, feminismo aguafiestas, feminismo *queer*, discursos de odio, felicidad

ABSTRACT

Feminists are often depicted as difficult, bitter women who tend to spoil a relaxed atmosphere with their excessive sensitivity. The main aim of this paper is to analyze the compelling way in which Ahmed deals with this rejection of feminism, emphasizing the latter's political significance and its ability to denounce and confront sexism, racism, and homophobia. Furthermore, we reflect on our capacity to expose and question hate speech in all its forms. Thus, we highlight the need for those inconvenient, critical positions so characteristic of some feminisms to stimulate the transformation and improvement of our societies. For this purpose, we offer a review of Ahmed's writings on the feminist killjoy, as well as other texts which help us appreciate the significance and scope of her work.

Keywords: sexism, killjoy feminism, queer feminism, hate speech, happiness

¹ Universidad de Zaragoza, gdelolmo@unizar.es, <http://orcid.org/0000-0002-1052-0021>.

1. Introducción

Las distintas teorías feministas han puesto en evidencia injusticias sobre las que se construyen las sociedades y han señalado importantes problemas estructurales que muchas personas sufren en la cotidianeidad. No obstante, lejos de ser entendidas como indicaciones necesarias para la mejora de la sociedad, las denuncias de estas situaciones han sido recibidas, en general, con acritud y rechazo, de modo que se ha percibido a las feministas como personas problemáticas, incómodas e irritantes, en mayor o menor medida, según el alcance de la crítica. Las feministas, obviamente, han sido conscientes de esta desconsideración y han tenido que asumir el elevado coste del deprecio social en su intento de mejorar la convivencia.

En la actualidad, hay un mayor reconocimiento de la pertinencia de las críticas feministas, lo que debería haber servido también para que desapareciera esa concepción de que las feministas son personas difíciles y molestas, ya que su objetivo es conseguir transformaciones para lograr una sociedad más justa y libre. Sin embargo, esto no ha ocurrido. Sus ideas y propuestas se siguen percibiendo con incomodidad. Se continúa viendo a las feministas como personas malhumoradas que se enfadan sin motivo y enturbian el clima distendido de cualquier reunión social.

El artículo analiza la interesante figura de la aguafiestas en la obra de Ahmed, así como su alcance político y el de los feminismos incómodos que luchan por la libertad transitando caminos alternativos a los que la sociedad señala como conducentes a la felicidad. Con este objetivo, se realiza una revisión de las obras de Ahmed que reflexionan sobre esta figura, aunque se incorporan también otros textos relevantes para el análisis.

En el libro *Vivir una vida feminista*, publicado en 2017, Sara Ahmed narra su propia cotidianeidad como feminista aguafiestas. En sus obras anteriores, la autora ya había utilizado el relato de sus experiencias en los análisis y argumentaciones que planteaba, pero en esta cobran especial importancia, puesto que asume, de forma clara y explícita, la relevancia de las propias experiencias para el pensamiento y la aceptación del lema del feminismo radical de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX, que afirmaba que «lo personal es político» (Hanisch, 1970), ya que, para Ahmed, cada vida importa y cada vida debe importar también a la sociedad: «la política es lo que te ocurre a ti» (Ahmed, 2018a, p. 234).

Lo que le pasa a la gente en su vida cotidiana es política, de hecho, es el ámbito más relevante para la política, porque es el lugar en que hay que fijarse para detectar las necesidades reales de la población y diseñar las estrategias de cambio, que deberían tener

como destino final, precisamente, la mejora de las condiciones de vida. La cotidianeidad es el espacio principal de la política.

Cuando escribí este libro quise estar más cerca que nunca de lo cotidiano. Este libro es personal. Lo personal es teórico. La teoría suele pensarse como algo abstracto: algo será más teórico cuanto más abstracto sea, cuanto más se abstraiga de la vida cotidiana. Abstraerse es alejarse, despegarse, apartarse o desviarse. Tal vez sea necesario arrastrarla de vuelta, traer la teoría de vuelta a la vida. (Ahmed, 2018a, p. 25)

Ahmed destaca por la originalidad de sus razonamientos. Sus análisis, realizados desde perspectivas muy innovadoras, sorprenden e invitan a la reflexión. Suponen un reto para pensar desde otros lugares y muestra así que otra mirada es posible pero, como se acaba de indicar, aceptando la herencia recibida de las propuestas de otras feministas. Además del feminismo mencionado, en su obra tienen un papel relevante autoras como Audre Lorde, Adrienne Rich o Judith Butler, por mencionar solo a las que tienen una presencia muy señalada en sus textos. Ahmed admite, pues, la importancia de los caminos ya recorridos, pero tiene como objetivo explícito encontrar su propio proceso y sentido en el pensamiento. Tiene en cuenta las ideas y reflexiones anteriores, aunque busca las suyas propias, y para ello profundiza en su existencia concreta: «Al desandar algunos de los pasos de este viaje, no estoy haciendo el mismo viaje. He encontrado cosas nuevas en el camino, porque he permanecido más cerca de lo cotidiano» (Ahmed, 2018a, p. 27).

2. La figura de la aguafiestas

En ese camino, una de sus aportaciones más relevantes ha sido la reflexión sobre lo que ella ha llamado la figura de la aguafiestas, directamente vinculada con lo que hace una feminista en su práctica diaria, pues «vivir una vida feminista es convertirlo todo en algo que es cuestionable» (Ahmed, 2018a, p. 14). Se sirve de su propia vida para explicar lo que es una aguafiestas feminista: en las reuniones sociales habituales, explica Ahmed, reiteradamente mostraba indignación ante las afirmaciones sexistas o discriminatorias, incluso siendo pequeña, por lo que muchas veces se convertía en la persona que acababa con la alegría y el buen ambiente, esto es, aguaba la fiesta, si la fiesta se basaba en compartir opiniones despectivas sobre otras personas.

No transigía con las afirmaciones sexistas, racistas, clasistas u homófobas, ni con otras que supusieran el menosprecio o exclusión de algunos grupos o colectivos. «La aguafiestas no hace de la felicidad de su entorno su causa» (Ahmed, 2018a, p. 109), porque nada justifica el desprecio ni los discursos de odio. Esta figura forma parte de su cotidianeidad (y de la de

muchas otras feministas), por lo que reflexiona sobre la aguafiestas basándose en su propia experiencia, y en el papel que tantas veces ha sentido representar, ya que se trata de una realidad compartida entre las feministas.

La feminista aguafiestas es también un estereotipo muy negativo de las feministas: se dice que las feministas están en contra del sexismo, el acoso sexual, etc. porque quieren quitarle la diversión a todo, evitar que otras personas la pasen bien. Apropiarse de esta figura es decir: bueno, si piensan que enfrentarse al acoso sexual se trata de privarlos de su disfrute, estamos más que dispuestas a privarlos de su disfrute. Por supuesto, esto no es fácil. Comencé a escribir sobre la feminista aguafiestas refiriéndome a experiencias de mi infancia, cuando me decían que «había arruinado la cena» al cuestionar el sexismo de mi propio padre. Ser una feminista aguafiestas puede ser una experiencia difícil y dolorosa: puede ser duro ser la causa de infelicidad de otros, ¡incluso si no estás de acuerdo con ellos! Apropiarse esta figura es el resultado de muchos otros actos de recuperar términos negativos, acciones que han realizado quienes luchan por sus derechos o por existir en sus propios términos. (Beck y Ahmed, 2021)

La aguafiestas ocupa un lugar central sobre todo en *Vivir una vida feminista*, pero aparece ya en obras anteriores y vuelve a estar muy presente en publicaciones posteriores, con características similares, de modo que tiene una innegable importancia para la autora. Está, por ejemplo, implícitamente en los capítulos «Sentimientos *queer*» y «Vínculos feministas» de *La política cultural de las emociones* (2015), publicado en 2004, y explícitamente en el epílogo escrito para la segunda edición, de 2014. Es más, en 2010, publica el artículo «Feminist Killjoys (And Other Willful Subjects)».

Esto es, tenía presente la relevancia del vínculo entre feminismo e indignación antes de la publicación de *Vivir una vida feminista*, puesto que ya había escrito sobre la alianza entre el feminismo y la figura de la aguafiestas, y lo seguirá haciendo después, como por ejemplo en *¿Para qué sirve? Sobre los usos del uso* (2020), cuya edición original es de 2019, y en *¡Denuncia! El activismo de la queja frente a la violencia institucional* (2022), que salió en 2021, donde señala «la queja como género aguafiestas» (p. 10).

Es, sin duda, una figura muy presente en la obra de Ahmed, de una manera muy reveladora y provocadora. Representa un sujeto posicionado que tiene muy en cuenta las emociones, la voluntad, la vida cotidiana y el disciplinamiento social. Precisamente, en el epílogo de la segunda edición de *La política cultural de las emociones*, afirma:

Yo he encontrado en la estimulante figura de la aguafiestas o, para ser más específica, la aguafiestas feminista (y también la mujer de color airada como quien acaba con la alegría feminista) un cierto tipo de potencial y energía políticos. Estar dispuesta a convertirse en aguafiestas, estar dispuesta a aceptar esta encomienda, es estar dispuesta a interponerse con toda felicidad que no cuente con tu acuerdo. (Ahmed, 2015, p. 340)

Su reflexión sobre la aguafiestas feminista tiene un evidente vínculo con su crítica a la felicidad (que reclama la libertad de ser infeliz llevando una vida apartada del camino socialmente determinado como aceptable y feliz) y con una serie de experiencias vividas en Goldsmiths, University of London, la universidad en la que trabajaba, que marcará varias de sus obras. La propia autora nos revela la relación que tienen entre sí las obras redactadas en esa época, ya que fueron escritas justo cuando estaba recopilando datos empíricos «para dos proyectos de investigación: el primero sobre trabajadores/as diversos/as en las universidades (2003-2009) y el segundo sobre las denuncias en las universidades (2016-2019)» (Ahmed, 2020, p. 201). A ello se sumaron las investigaciones que estaba realizando sobre el acoso sexual en la universidad en la que estaba trabajando.

Debido a la coincidencia en el tiempo de estos proyectos e investigaciones, escribe lo que ella define como una trilogía, que se compone de *The Promise of Happiness*, *Willful Subjects* y *What's the Use?* (Ahmed, 2020, p. 16). Solo dos están traducidos al castellano (*La promesa de la felicidad* y *¿Para qué sirve?*). Esta trilogía está estrechamente relacionada con *La política cultural de las emociones* y con *Vivir una vida feminista* precisamente por la figura de la aguafiestas y por el cuestionamiento del concepto de felicidad en Occidente.

Así pues, la figura de la aguafiestas, insisto, tiene una presencia importante en un número significativo de sus producciones, incluyendo entre estas no solo artículos y libros, sino también el blog que crea para compartir sus ideas a través de la Red, puesto que, al mismo tiempo que redactaba *Vivir una vida feminista*, escribía el blog *Feminist killjoy*, muy activo aún (Ahmed, 2021). En el blog publicó el «Manifiesto aguafiestas» (que más tarde se convertiría en el último capítulo del libro) y compartió lo que estaba pasando con las denuncias de acoso en su universidad. A su vez, el blog recibió aportaciones de personas que contaban sus propias experiencias, algunas de las cuales Ahmed tomó en cuenta en el libro.

Asimismo, recoge ejemplos de feministas aguafiestas dentro de la historia del feminismo, entre los que cabe destacar la obra de Betty Friedan *La mística de la felicidad* (1965), en la que se realizó una reveladora crítica al papel de la feliz ama de casa, cuya felicidad consistía en hacer posibles los proyectos, deseos y objetivos de otras personas, nunca los propios. Igualmente relevante es la mención que hace a la obra *Nuestra Hermana Aguafiestas*, de Ama Ata Aidoo (2018), una muestra de aguafiestas racializada que pone en cuestión la forma en la que las personas privilegiadas occidentales organizan y jerarquizan el mundo (Ahmed, 2019b, p. 150). Se trata de una obra muy crítica, de los años setenta del siglo XX, visiblemente ligada a la figura de la feminista aguafiestas a la que se refiere Ahmed, un sujeto que denuncia los abusos y ejercicios de exclusión que presencia en su vida cotidiana.

«Hacerse feminista implica enfrentarse al mundo» (Ahmed, 2018a, p. 39) y eso supone convertirse en el problema, es decir, meterse en problemas. Quien denuncia un inconveniente se convierte en el inconveniente, en el ser desagradable que rompe con la alegría y la complicidad del grupo. Por eso aún es frecuente encontrar mensajes de rechazo hacia el feminismo y las feministas: «cada vez que hablamos, los ojos se ponen en blanco, como si dijeran, ya, sabíamos que ibas a decir eso» (Ahmed, 2018a, p. 62).

Los ojos se ponen en blanco vayas donde vayas, digas lo que digas. En realidad, ni siquiera te hace falta decir nada antes de que empiecen a hacerlo. Parecerá que los ojos se ponen en blanco como una expresión de exasperación colectiva porque eres feminista. (Ahmed, 2018a, p. 62)

Es una respuesta de desaprobación colectiva ante la insistencia en cuestionar las afirmaciones ofensivas que se esconden detrás de una broma, del clima distendido, de los estereotipos o de los problemas sociales que se consideran superados. Lejos de plantearse la reflexión o la autocrítica, la perspectiva feminista es recriminada y calificada como una exageración que surge de una excesiva susceptibilidad. Así, después de los ojos en blanco, las reacciones más frecuentes a las intervenciones críticas de la aguafiestas son las maniobras de enderezamiento, como la ridiculización o negación del problema, con el objetivo de proteger, fortificar y ratificar el alineamiento social.

3. Redirigir el problema: realineamiento

La voluntad de no rendirse al impulso colectivo es lo que caracteriza a la aguafiestas feminista. Representa la obstinación de no seguir la corriente y fingir que el racismo, el sexismo o la homofobia han sido superados, porque no lo han sido. Reclama una reflexión sobre lo dicho, pero lo que suele provocar es un redireccionamiento de la violencia: se desatiende completamente el problema denunciado y quien denuncia se convierte en el problema. Se reorienta la violencia. La feminista aguafiestas que denuncia es lo inapropiado. Se obvia por completo la razón por la que ha surgido el conflicto, se niegan las ofensas realizadas y se enfoca el conflicto en la feminista, ella es transformada en la causa de la violencia, invisibilizando las actitudes o comentarios ofensivos anteriores. Con ello se consigue, por un lado, ocultar el origen de esa violencia y, por otro, quebrar a quien denuncia para que no lo vuelva a hacer, así como avisar al resto de que no es un modelo de comportamiento aceptable. El redireccionamiento de la violencia es una cortina y una advertencia: esas conductas se consideran infundadas y reciben un castigo.

Las instituciones también permiten y recompensan el comportamiento sexista: es sexismo institucional. Las bromas sexuales se institucionalizan con mucha frecuencia. Es posible que participes en la guasa porque si no lo haces tendrás que pagar un precio elevado: tú te conviertes en el problema, en quien reprueba la broma o crea tensión. Sencillamente por no actuar como ellos, te tratan como si estuvieras controlando su comportamiento. Si no participas en la broma creerán que estás reprobando su conducta, hayas emitido o no un juicio. Cuando haces alguna objeción, te acusan de tomarte las cosas a mal. Cuando describimos algo como sexista o racista, suelen desdeñarnos por tener una percepción errónea, por no entender como es debido las intenciones o los actos de los demás. (Ahmed, 2018a, pp. 58-59)

Se intenta, de esta manera, fortalecer las vías e interpretaciones marcadas como correctas por la sociedad, reforzar el alineamiento social y afianzar lo que la sociedad considera aceptable, rechazando a quien no esté de acuerdo. Pero la aguafiestas desafía este propósito, es un sujeto voluntarioso que persiste en sus ideas. Para Ahmed, ser un individuo voluntarioso consiste en el empeño de seguir la propia voluntad, no es un sujeto obediente ni manejable, porque esa sería «la voluntad de no tener voluntad propia» (Ahmed, 2018a, p. 101).

Un sujeto voluntarioso que insiste en sus propias convicciones puede evocar una imagen de gran potencia, pero en realidad está lejos de ser una voluntad férrea y fuerte característica de un sujeto sólido y seguro. Si bien la autora no define de forma precisa al sujeto voluntarioso de la aguafiestas feminista, porque lo dota de un significado abierto a distintas posibilidades, se pueden analizar algunas peculiaridades de este sujeto, teniendo en cuenta el conjunto del pensamiento de Ahmed, y reflexionar sobre su capacidad para cambiar la sociedad y crear caminos alternativos propios.

El sujeto voluntarioso no tiene una voluntad autónoma, segura e inquebrantable, pues remitiría a lo que Butler llama sujeto soberano, y ambas autoras son muy críticas con esta concepción del sujeto, por ser un sujeto ficticio, una fantasía de la racionalidad que niega la relacionalidad y la vulnerabilidad. El sujeto soberano se manifiesta autónomo, centrado en sí mismo, lucha contra su vulnerabilidad y su interdependencia, por lo que construye un camino individualista, jerárquico y guerrero (Butler, 2006, pp. 68-69) que, por lo demás, tampoco estaría exento de exclusiones, marginaciones o violencias.

La feminista aguafiestas y voluntariosa de Ahmed, precisamente, se posicionaría contra este sujeto soberano, prepotente, que pretende tenerlo todo bajo control y que no admite ninguna alternativa, ya que se erige como la única posibilidad aceptable y edifica muros en torno a sí con la pretensión de no dejarse afectar por lo ajeno. Lejos de lo anterior, la

aguafiestas es un sujeto vulnerable, agotado, que se sabe limitado y dependiente, que necesita la ayuda de otros sujetos voluntariosos para insistir en la necesidad de los cambios.

Los interrogantes suscitados aquí son muchos, entre los que se pueden destacar si es suficiente o no la voluntad de un sujeto para recorrer un camino propio que no esté dirigido, o cómo saber que se trata de un camino propio. Asimismo, no se puede obviar otra serie de preguntas: ¿se produce algún cambio con la creación de estos caminos propios?, ¿el sexismo, el racismo y la homofobia son los obstáculos principales a la hora de conseguir una sociedad más libre?, ¿eliminando estos problemas se eliminan los demás?

Es preciso aclarar que el término «propio» no se refiere a algo nacido de un sujeto que se concibe como dueño de sí, ni considera ese recorrido de su propiedad y tampoco expresa una esencia ni una autenticidad sustancial, de las que pudiera emerger algo que se pudiera establecer como específico y verdadero de esa persona. Aquí no tiene un sentido esencial, pero es relevante que se decida llamar propio a ese camino, porque lo hace suyo y lo reconoce como tal, aunque es crucial que sea compartido, permeable al azar, a las experiencias diferentes y a los cuerpos distintos.

Así pues, el camino propio de una voluntad que acepta la vulnerabilidad sería el construido a partir del reconocimiento de la interdependencia y la fragilidad de todo ser humano, la importancia de las circunstancias y del azar en las posibilidades de vida. Una voluntad que no tiene un control completo sobre sí misma, ni sobre lo que dice, lo que hace o lo que piensa, que vive en una comunidad y que se ve afectada por ella (al mismo tiempo que ella también afecta a la comunidad). Esta es la voluntad que intenta recorrer un camino propio. Propio en el sentido de hacer suyo algo que no lo es completamente, porque no es solo suyo (es compartido, aunque no dirigido). Es la voluntad de un sujeto poroso, que acepta el desacierto, la contingencia, las formas de vida diferentes y que se empecina en relaciones más justas.

La capacidad de transformación social de este sujeto es incierta, porque está abierta a los acontecimientos y a la reflexión continua. Ahmed considera esta figura central para la transformación social, pero tiene el acierto de no hacer recaer sobre ella todo el peso de conseguir una sociedad mejor, pues no depende de ella. Las circunstancias de ese momento determinarán la capacidad de afectar y activar del sujeto voluntarioso, que únicamente puede mostrar indignación ante lo que considera injusto y expresarse. El alcance político de la feminista aguafiestas es inestable y precario, pero es una figura valiosa porque en ocasiones incita al resto de personas para que se posicionen por algo justo.

Tampoco se tiene bajo control la manera de comunicar la disconformidad, puesto que a menudo tiene lugar a través de lo que Ahmed llama «chasquido feminista». Utiliza este término original y significativamente gráfico para reflejar lo que ocurre cuando en una reunión social una aguafiestas no puede seguir callada. Un chasquido remite a un ruido seco y brusco que se produce cuando algo se fragmenta. Es el ambiente de adhesión y asentimiento lo que se rompe, pero, insisto, el chasquido no es el origen de la violencia, aunque se le acuse de serlo. Es una reacción característica de gente exhausta que no puede más, solo romper un clima cargado de sexismo, racismo u homofobia.

Las reflexiones de Ahmed se centran fundamentalmente en estos tres problemas, pero eso no quiere decir que sean los únicos que tiene la sociedad o que se desdeñen los demás. Su insistencia en el sexismo, el racismo y la homofobia parece responder a su inclinación por mostrar la posición desde la que habla, como lo hizo en su día Audre Lorde (2003), y evitar de este modo la usurpación de las necesidades y voces de otras personas. No responde a una desconsideración de otras formas de discriminación, sino al intento de precisar desde qué lugar, corporalidad y tipo de vida está hablando, ofrecer un sujeto posicionado en el convencimiento, precisamente, de que la perspectiva de enunciación del sujeto es importante, como tantas veces afirma en sus textos.

Si se lee con atención la obra de Ahmed en su conjunto, se puede apreciar que también habla de otros elementos que provocan injusticias sociales y discursos discriminatorios, como el clasismo, la transfobia o el capacitismo, por poner solo algún ejemplo, pero los menciona sin profundizar en ellos porque no es parte de su cotidianeidad, de su cuerpo, de sus emociones. Las personas más adecuadas para analizar estas discriminaciones y sus consecuencias son, precisamente, quienes se vean afectadas por ellas, pues así se abre la posibilidad de realizar un análisis nacido de la experiencia concreta y singular, que muestre en primera persona el alcance de la situación denunciada, a pesar de que poner en evidencia su repercusión y magnitud no es fácil.

Ser una aguafiestas es una posición vital difícil y agotadora: «si una estructura puede ser agotadora, también puede ser agotador señalarla» (2020, p. 236). No siempre se está en disposición de ser la aguafiestas. La aguafiestas no es aguafiestas en todo momento, no puede serlo, tiene que descansar, porque los enfrentamientos son duros, provocan tensión y fatiga. Si bien es una figura perseverante, no siempre tiene la fortaleza necesaria para serlo en todo momento, ya que es una tarea continua y extenuante que forma parte de la vida cotidiana, en casa y fuera de ella.

4. Política en la cotidianidad

Pese a ser alguien que perturba el orden existente y el buen clima, la aguafiestas también es un proyecto para la creación de un nuevo conocimiento, no se queda solo en la crítica. Es un aspecto que merece la pena destacar y analizar, sobre todo porque queda un tanto eclipsado ante su fascinante dimensión de ruptura y desobediencia. La vertiente más creativa está, de igual manera, arraigada en la cotidianidad, para huir de los excesos teóricos que desatienden y olvidan las vidas particulares, que se preocupan por ideas y conceptos en lugar de hacerlo por las personas, que es el sentido principal de la política. La política, así entendida, mostraría la vinculación de los aspectos económicos, ideológicos y materiales con la vida, siendo esta última el sentido principal de todo lo anterior, en línea con el ya mencionado lema de «lo personal es político». La figura de la aguafiestas, precisamente, realiza sus intervenciones en la realidad cotidiana, en un marco que concibe el mundo permeable a la fragilidad, la vulnerabilidad y los ejercicios de exclusión.

En relación a esta comprensión de la política, cabe destacar la relevancia que tienen las experiencias narradas en primera persona y la autoconciencia, ya que tienen una significativa presencia en el planteamiento de Ahmed. A finales de la década de 1960 y primeros años de los setenta, sobre todo en Estados Unidos, emergieron los grupos de autoconciencia en los que muchas mujeres se dieron cuenta de las situaciones injustas que tenían que soportar por ser mujeres. Estos grupos de autoconciencia, como afirmó Sarachild (1970, p. 78), se sustentaban en la idea de que se puede aprender mucho de los sentimientos, que merece la pena analizarlos y compartirlos, no solo para conocerlos, sino porque también nos conducen a ideas y después a acciones, esto es, los sentimientos tienen significado y alcance político. Es decir, además de ponerse en evidencia la influencia en el feminismo actual de las contribuciones realizadas por el feminismo radical de los años setenta (Del Olmo, 2019), se propone una concepción de la política que acoge las emociones y los deseos, puesto que son una parte importante de cualquier argumentación política.

Son apuestas que ponen en el centro la cotidianidad y su complejidad, que aceptan la parcialidad de los discursos, dado que no pueden ser sino precarios, inestables y frágiles, ya que se hacen cargo de una realidad cambiante, marcada por el espacio, el tiempo e innumerables condicionantes y variables que hacen irrepetible cada vida. Sin embargo, a pesar de todo, son análisis que consiguen quebrar la validez de los discursos sólidos, coherentes, unívocos y homogéneos, que son los que más violencia ejercen, de ahí que deban ser interpelados y desmantelados.

Desde esa cotidianeidad, resulta interesante la propuesta de Ahmed de revisar y cuestionar aquello que nunca ha sido interrogado. Así, los convencionalismos, los estereotipos, el sexismo, la transfobia o el racismo, entre otros prejuicios dañinos (con gran presencia en los discursos compactos y uniformes), pasarían a ser cuestionados, dejando de ser ellos los que dirigen la interpelación.

La lucha política será entonces: encontrar mejores maneras de responder a las preguntas, encontrar maneras de cuestionar las preguntas, para que el mundo que cuestiona ciertas existencias, que convierte ciertas existencias en preguntas, pase a ser lo que nosotras cuestionamos. (Ahmed, 2018a, p. 175)

Así, se abre la posibilidad de que perspectivas diferentes a las convencionales, que apenas han ocupado espacio en el desarrollo del pensamiento, sean las que nos interpelen y nos digan cómo interpretan el mundo, lo que supone un interesante enriquecimiento para el pensamiento (Ahmed, 2018b). Y quienes están en la mejor posición para hacer la tarea son los cuerpos y las vidas disidentes, porque experimentan una constante interpelación en su cotidianeidad que es preciso revertir. Precisamente de ellos surge el inusual término «conceptos sudorosos» (Ahmed, 2018a, p. 27), que recoge el valor de los cuerpos y las vidas no normativas. «Un concepto sudoroso es aquel que sale de la descripción de un cuerpo que no se siente a gusto en el mundo» (Ahmed, 2018a, p. 29). Esa incomodidad se origina al no habitar el ideal reflejado como correcto y feliz, y desde ese lugar emergen los conceptos sudorosos que piensan de manera distinta por la constante experiencia de vivir en un mundo hostil, difícil, sexista, lesbóforo y racista.

El sudor remite de forma directa e inequívoca a lo corporal, es la respuesta del cuerpo ante la tensión y la ansiedad de habitar en un contexto que promueve un alineamiento del que no participa. Es un cuerpo que suda porque se siente interrogado, observado y fuera de lugar, marcado como extraño y desviado. De ese cuerpo incómodo, que suda al habitar en un mundo con mayores dificultades, nacen propuestas con una perspectiva diferente, única en muchos sentidos, debido a las intersecciones de estructuras y circunstancias. Ahmed propone un pensamiento feminista interseccional, donde la raza y el lesbianismo ocupen el espacio que merecen a la hora de interpretar y analizar las ideas, porque el cuerpo, y la forma en la que vive, se relaciona y desea, mantiene una interrelación indisoluble con la manera en la que se piensa, se percibe o se siente. Por este motivo, los cuerpos *queer*, no alineados, generan un pensamiento distinto, si bien concebido de forma más trabajosa.

La elección del objeto de deseo de cada uno marca una diferencia con las otras cosas que hacemos. En cierto modo, estoy planteando que el objeto en la elección sexual de objeto es pegajoso: otras cosas «se pegan» cuando nos

orientamos hacia los objetos, especialmente si estas orientaciones no siguen la línea familiar o social. (Ahmed, 2019a, p. 143)

El sexo de la elección de objeto de la persona no trata solo sobre el objeto, ni siquiera cuando el deseo se «dirige» hacia ese objeto: afecta lo que podemos hacer, dónde podemos ir, cómo se nos percibe, etc. Estas diferencias en cómo dirige la persona el deseo, y en cómo es vista por los demás, puede «movernos» y por tanto puede afectar incluso los patrones más arraigados de cómo nos relacionamos con los demás. (Ahmed, 2019a, p. 144)

Los conceptos, los objetos, los cuerpos y las emociones son pegajosos. Muchas de las ideas que tenemos, la percepción que tenemos de los objetos y de la gente, así como lo que sentimos, son el resultado de la asociación de unos elementos con otros, o la no asociación. Se trata de vinculaciones saturadas de afectos que están en constante movimiento, pegándose entre sí, o despegándose, aunque no nos demos cuenta. Por ejemplo, a lo que es socialmente aceptado se le pegan emociones positivas, ideas que avalen esas formas de vida y objetos que revelen éxito social. Lo que es socialmente rechazado mantiene asociaciones negativas e ideas que subrayan lo equivocado que es ese camino, si la emoción que se tiene hacia ello es de repudio.

Así, las reflexiones y perspectivas de los cuerpos que mantienen vidas no normativas muestran un mundo distinto, alternativo, no alineado con la mayoría, un camino diferente que se recorre con más esfuerzo, a contracorriente, sin mucha ayuda. Es un camino esforzado, en el que todo cuesta, también pensar, por eso genera conceptos sudorosos que pegan emociones, ideas, objetos y relaciones de otra manera, para poner en valor un mundo considerado detestable o inadecuado, y sin perder de vista la libertad y la riqueza de la diversidad.

La aguafiestas genera o reitera esos conceptos sudorosos, esas perspectivas despreciadas o desatendidas que reclaman ser escuchadas y consideradas como vidas que importan (Butler, 2002). Lo que rompe la feminista aguafiestas es el clima de bienestar y alegría basado en el desprecio. No lo hace en todas las ocasiones, lo hace cuando no puede aguantar más la tensión de seguir soportando comentarios despectivos. Es decir, no toda feminista es una aguafiestas, pero desde luego «ser feministas implica vivir en proximidad a feministas aguafiestas» (Beck y Ahmed, 2021).

5. Muros invisibles y rastros de papel

Hay que insistir en que las relaciones con otras personas son difíciles para la aguafiestas, incidir en los aspectos que deben ser mejorados no es algo que agrade y frecuentemente no es bien recibido. El resultado de las confrontaciones suele ser el rechazo social, no repetir la

invitación, echar a la aguafiestas de la reunión, o que sea la propia aguafiestas quien abandone el espacio. Esto último es lo que decidió hacer Ahmed respecto a la universidad en la que trabajaba, Goldsmiths, University of London (Mehra y Ahmed, 2017).

Ahmed abandonó su puesto de profesora universitaria como protesta ante lo que ella consideraba un evidente desinterés hacia el acoso sexual que se daba en la universidad. En aquel momento era la directora del Centro de Estudios Feministas y no encontró el apoyo necesario de la institución para acabar con el acoso. Se dio cuenta de que la universidad había querido resolver el problema del acoso creando espacios oficiales para que se ocuparan de ello, pero sin dotarlos de los mecanismos necesarios para hacerlo, de modo que quienes trabajan en esos programas nada podían hacer para cambiar las cosas. La institución escenifica una preocupación que no es real. Es una mera puesta en escena sin ninguna capacidad de acción. Su única posibilidad es generar documentación autorreferencial para que parezca que se está resolviendo, pero sin hacerlo. Así, crear un rastro de papel parece ser el único objetivo de estos programas o centros, y con ello se agrava el problema, porque se oculta que no se está solventando.

En mi facultad creamos un nuevo centro feminista, en parte en respuesta al problema del sexismo, el acoso sexual y la desigualdad de género. En una reunión, la existencia misma del centro se muestra como una prueba del compromiso personal de la universidad con los valores de la igualdad y el feminismo. Un programa creado para dar respuesta a un problema se considera de suyo la resolución del problema. (Ahmed, 2018a, p. 156)

Ahmed subraya que estos programas terminan sepultando las denuncias mediante procedimientos burocráticos enrevesados e informes generales, lo que impide o dificulta la solución de los problemas. Por ese motivo, Ahmed renunció a su puesto de profesora, pues consideraba que su universidad no se estaba tomando en serio el acoso sexual, el sexismo y el racismo. Las instituciones rara vez están dispuestas a transformarse, y las personas que quieren impulsar los cambios se encuentran con verdaderos muros invisibles que impiden cualquier variación, incluso aunque sea algo, en teoría, avalado por la institución.

Abandonar un espacio también puede ser una forma de protesta, cuando se percibe que ya se ha hecho todo lo posible para cambiar algo sin apenas resultados. El abandono de las instituciones que se obstinan en no mejorar es una opción viable para la aguafiestas. Romper con la mecánica perversa y siniestra, tantas veces presente en las instituciones, supone una respuesta ética, además de ser un reconocimiento de que no se tiene la capacidad, o las suficientes energías, para cambiar las cosas. La voluntariedad que caracteriza a las feministas tiene un límite. Hay veces que es mejor abandonar, quizá otras personas puedan hacerlo

mejor, o quizá no, pero, en cualquier caso, dejar de trabajar en un lugar puede ser una manera de dejar de avalarlo y de negarse a malgastar las energías en él. En este sentido, puede ser considerado un comportamiento estimulante e instructivo.

Antes de abandonar, hizo todo lo que se le ocurrió, hasta denunció la situación a la prensa británica (Erlj y Ahmed, 2021), pero no consiguió nada, solo molestar y acabar momentáneamente con la alegría de una universidad que presumía de preocuparse por crear un ambiente en el que se pudiera desarrollar la creatividad de forma libre, sin prejuicios, ni acosos, ni opresiones.

La respuesta de la universidad a las declaraciones de Ahmed fue afirmar su compromiso con la igualdad e insistir en que se tomaban en serio el acoso sexual porque eran líderes en el Reino Unido en programas sobre género, sexualidad, raza y etnicidad (Ahmed, 2018a, p. 157) y, además, como prueba de su implicación, afirmaron haber organizado un congreso sobre el acoso sexual en la Educación Superior. Sin embargo, esto fue desmentido por las estudiantes que de hecho lo habían promovido, de forma independiente, condenando la artimaña de la Universidad de Goldsmiths para atribuirse un mérito que no le correspondía. Ese congreso no había sido organizado por la universidad y por tanto no podía ser muestra de un compromiso que, según las verdaderas organizadoras, realmente no existía en esa institución (Bull, Page y Whitley, 2015).

En la página web de Goldsmiths University of London (2018) se puede encontrar información sobre el acoso sexual y su política hacia él, un documento con diez puntos, realizado en 2016 y actualizado en 2018. También se puede consultar un documento posterior, más extenso, sobre el acoso sexual en Goldsmiths University of London (2019), en el que se puede apreciar asimismo el rechazo de este centro a la violencia sexual. Las declaraciones institucionales están claras, pero no así su correlación práctica. Para la autora, esas palabras son un recurso propagandístico para mostrar una universidad distinta a la real, quimérica. Y no es un recurso inocuo, sino perverso y dañino, pues sepulta los casos de acoso bajo procedimientos burocráticos confusos que favorecen el vencimiento de los plazos de denuncia, o bien terminan siendo quejas sin consecuencias porque no se dota de los mecanismos necesarios para afrontar el problema.

La denuncia de Ahmed ha animado a otras autoras a hacer críticas a la forma en que la universidad trata el acoso o la pluralidad humana. Las universidades, así como otras instituciones, claramente posicionadas en el cissexismo, capacitismo, heterosexismo y blanquitud, por mencionar los más evidentes, hace sentir a quienes están fuera de estos marcos que ese no es su lugar, que la universidad no es su espacio, que son cuerpos extraños,

que deben incluso estar agradecidos, a pesar de que ocupen, en muchas ocasiones, los puestos más precarios de la universidad (Murray, 2018).

Al reflexionar sobre ello, emerge de nuevo la pregunta sobre la capacidad de transformación social del sujeto voluntarioso. Dado que, como se ha indicado, las posibilidades de cambio social de la aguafiestas son inciertas (por estar abiertas al azar, a los acontecimientos y al análisis permanente), el fracaso no debe sorprendernos. Es más, en realidad no hay éxitos o fracasos absolutos en algo tan abierto a las circunstancias. En parte es un fracaso y en parte un éxito. En el caso que nos ocupa expuesto por Ahmed, es evidente que salir de esa institución sin haber conseguido que se reconociera la gravedad de las denuncias de acoso puede interpretarse como un fracaso, pero también habría que tener en cuenta los aspectos de aprendizaje que han resultado positivos, así como la posibilidad de que las quejas y críticas realizadas, con el tiempo, tengan algún efecto transformador, como afirma en *¡Denuncia! El activismo de la queja frente a la violencia institucional* (2022).

El fracaso está muy presente en la figura de la aguafiestas, pero quizá lo relevante no es el fracaso, sino que la aguafiestas se sobreponga a él y siga perseverando en sus ideas, en su lucha contra las distintas maneras de opresión y exclusión, porque en algún momento quizá consiga provocar reflexiones y cambios. El éxito está en superar las adversidades y seguir esforzándose para conseguir una sociedad cada vez mejor, más libre y justa, para todo el mundo.

6. Conclusiones

Ahmed reclama la importancia de la figura de la aguafiestas feminista no solo porque refleja la experiencia cotidiana de muchas feministas, sino también por su capacidad crítica y de transformación social. Ella misma ha representado en innumerables ocasiones el papel de la aguafiestas, al igual que otras. Es una experiencia compartida de personas que rechazan y discuten las actitudes despectivas hacia determinadas corporalidades o formas de vida no convencionales.

Irrumpen en los comentarios insultantes para que se tome conciencia de las ofensas proferidas. Con el fin de detener la violencia, se enfrentan a los discursos y a las acciones de quienes sostienen y reproducen las agresiones, pero a menudo fracasan, tanto en lo que respecta al modo en que es juzgada esta figura por la sociedad (como una persona irritable, amargada e infeliz), como por el resultado de sus acciones, que no siempre logran lo que se proponen, esto es, incentivar la autocrítica y la transformación social. A pesar de ello, las feministas voluntariosas se obstinan en su empeño de acabar con las marginaciones y la

violencia, aunque sean malinterpretadas y atacadas por ello. Es, por un lado, un compromiso que tienen con la sociedad y, por otro, un ejercicio de supervivencia, una necesidad.

No es fácil ser la causante de terminar con la felicidad de un espacio, resulta agotador ser la aguafiestas que pone en entredicho las afirmaciones y actitudes dañinas, pero, si queremos conseguir una sociedad más libre y justa, la aguafiestas es una figura de la cotidianidad que desempeña una labor importante. Resulta indispensable para señalar los obstáculos y los muros que impiden las necesarias transformaciones, y para seguir perseverando en su demolición.

Los trabajos de Ahmed se centran sobre todo en el sexismo, el racismo y la homofobia, pero, con ello, la autora no pretende desatender otros problemas y dinámicas de exclusión que nos rodean. Sus ejes de atención responden a su convicción de que especificar desde qué lugar se está reflexionando forma parte de un compromiso político. Así, habla en primera persona y muestra de qué manera esos problemas afectan a la vida diaria, además, de este modo, invita a otras subjetividades a que hablen desde sus propias posiciones. Es la forma de encontrar un camino propio, más libre, teniendo en cuenta que la única libertad a la que probablemente podemos aspirar es frágil, dependiente, vulnerable y contingente.

Esta concepción de libertad apuesta por la originalidad en el pensamiento y en la forma de vivir. Si las experiencias vividas proyectan pensamientos e influyen en la manera de ver el mundo, un sujeto que habita en un entorno hostil, porque encarna algún aspecto rechazado socialmente, tendrá una forma de pensar y de sentir distinta. La originalidad es posible, si dejamos el espacio necesario a las orientaciones diferentes y a sus puntos de referencia discordantes, alejados de los caminos correctos. La propia Ahmed se esfuerza en mostrar que existen perspectivas de análisis que sorprenden y conmueven. Los conceptos sudorosos, desviados y alternativos rompen el silencio, gritan y protestan, reclaman espacios habitables. La feminista aguafiestas nos alienta y nos impulsa, nos muestra cómo respirar y caminar con energías renovadas en la apuesta por la libertad.

7. Referencias

- Ahmed, Sara. (2010). *Feminist Killjoys (And Other Willful Subjects)*. *S&F Online*, (8.3).
https://sfonline.barnard.edu/polyphonic/ahmed_01.htm#text1
- Ahmed, Sara. (26 de agosto de 2013). *About. Feminist killjoy*.
<https://feministkilljoys.com/about/> [Fecha de última consulta: 22/10/2022].
- Ahmed, Sara. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México. Trad. Cecilia Olivares Mansuy.

- Ahmed, Sara. (2018a). *Vivir una vida feminista*. Bellaterra. Trad. María Enguix.
- Ahmed, Sara. (2018b). Fragilidad queer. *452°F. Revista De Teoría De La Literatura Y Literatura Comparada*, (18), 196-209. Trad. Mayte Cantero Sánchez. <https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/21433>
- Ahmed, Sara. (2019a). *Fenomenología Queer: Orientaciones, objetos, otros*. Bellaterra. Trad. Javier Sáez del Álamo.
- Ahmed, Sara. (2019b). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja negra. Trad. Hugo Salas.
- Ahmed, Sara. (2020). *¿Para qué sirve? Sobre los usos del uso*. Bellaterra. Trad. Javier Sáez del Álamo.
- Ahmed, Sara. (31 de octubre de 2021). *Home*. feministkilljoys. <https://feministkilljoys.com/> [Fecha de última consulta: 22/10/2022].
- Ahmed, Sara. (2022). *¡Denuncia! El activismo de la queja frente a la violencia institucional*. Caja negra. Trad. Tamara Tenenbaum.
- Aidoo, Ama Ata. (2018). *Nuestra Hermana Aguafiestas. O reflexiones desde una neurosis antioccidental*. Cambalache. Trad. Marta Sofía López.
- Beck, Ingrid y Ahmed, Sara. (26 de febrero de 2021). Sara Ahmed: «Ser una feminista aguafiestas no implica ser desdichada y estar triste, no es una condena». *Infobae*. <https://www.infobae.com/cultura/2021/02/26/sara-ahmed-ser-una-feminista-aguafiestas-no-implica-ser-desdichada-y-estar-triste-no-es-una-condena> [Recuperado el 07/12/2022].
- Bull, Anna; Page, Tiffany y Whitley, Leila. (2 de diciembre de 2015). *Statement on Sexual Harassment in Higher Education (SHHE) at Goldsmiths*. <https://shhegoldsmiths.wordpress.com/statement/>
- Butler, Judith. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Paidós. Trad. Alcira Bixio.
- Butler, Judith. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós. Trad. Fermín Rodríguez.
- Del Olmo Campillo, Gemma. (2019). El desafío violeta. Un camino de libertad. *Investigaciones Feministas*, 10(1), 45-59. <http://dx.doi.org/10.5209/INFE.60630>

- Erlj, Evelyn y Ahmed, Sara. (Marzo-abril 2021). Sara Ahmed: La gran aguafiestas. *Palabra Pública*, (21), 11-14.
<https://libros.uchile.cl/files/revistas/DIRCOM/PalabraPublica/21-mar-abr2021/12/>
- Friedan, Betty. (1965). *La mística de la feminidad*. Sagitario. Trad. Carlos R. de Dampierre.
- Goldsmiths. University of London. (22 de noviembre de 2018). *Sexual Harassment*. Goldsmiths. University of London. <https://www.gold.ac.uk/governance/sexual-harassment/>
- Goldsmiths. University of London. (1 septiembre de 2019). *Policy and Procedure on Sexual Violence, Sexual Harassment, Stalking, Domestic Violence and Sexual Misconduct*. Goldsmiths. University of London. <https://www.gold.ac.uk/media/documents-by-section/about-us/governance/policies/Goldsmiths-policy-on-sexual-violence-harassment-misconduct.pdf>
- Hanisch, Carol. (1970). The Personal is Political en Firestone, Shulamith y Koedt, Anne (Eds.) *Notes from the Second Year: Women's Liberation* (pp. 76-78). New York Radical Feminists.
- Lorde, Audre. (2003). *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Horas y horas. Trad. María Corniero.
- Mehra, Nishta J. (17 de julio de 2017). Sara Ahmed: Notes from a Feminist Killjoy. *Gernica*. <https://www.guernicamag.com/sara-ahmed-the-personal-is-institutional/>
- Murray, Órla Meadhbh. (2018). Feel the Fear and Killjoy Anyway: Being a Challenging Feminist Presence in Precarious Academia en Taylor, Yvette y Lahad, Kinneret (Eds.), *Feeling Academic in the Neoliberal University* (pp. 163-189). Palgrave MacMillan. http://dx.doi.org/10.1007/978-3-319-64224-6_8
- Sarachild, Kathie. (1970). A Program for Feminist “Consciousness Raising” en Firestone, Shulamith y Koedt, Anne (Eds.) *Notes from the Second Year: Women's Liberation* (pp. 78-80). New York Radical Feminists.